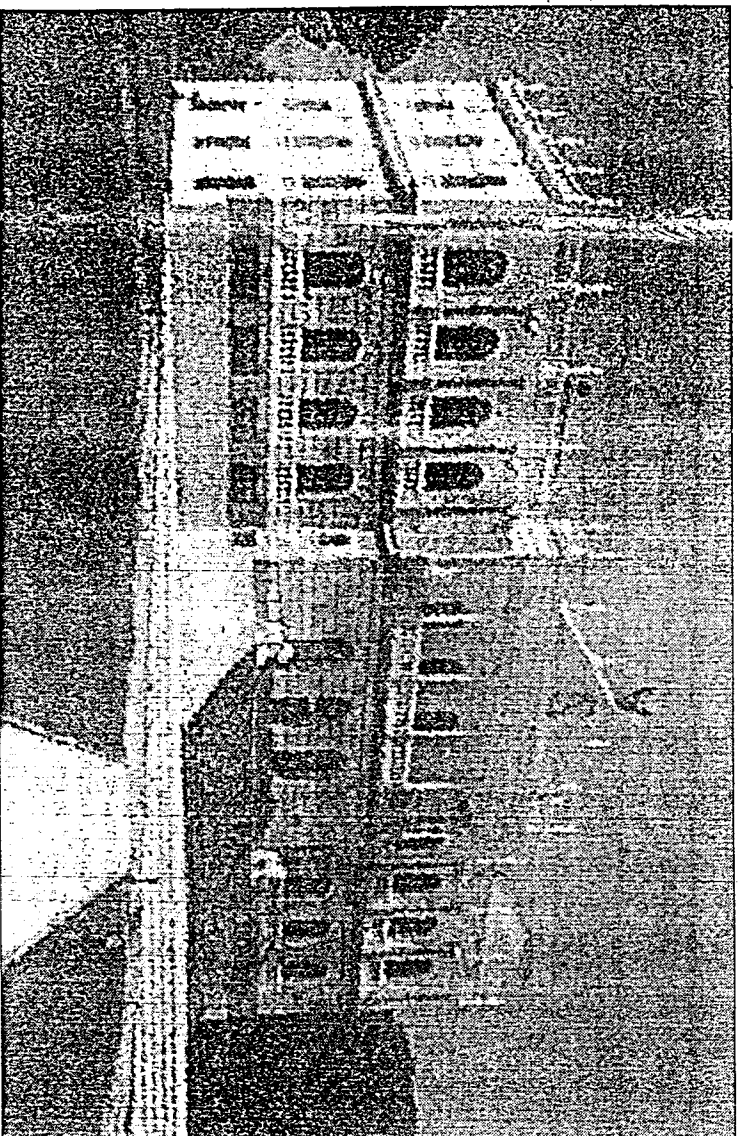


OJOS DE GATA

Por Manuel Jesús Soriano Pinzón



El sol se ponía sobre el palacio del Acebrón, la torre se volvía roja al reflejar los últimos rayos y un mar de golondrinas jugaba a bailar con el aire sobre la fuente llena de agua pura y cristalina.

Poco a poco se podía volver a respirar el sopor del verano, el sol nos dejaba para dar la bienvenida a la hermosa y redonda luna, las estrellas nos saludaban y una fastuosa noche galopaba hacia nuestros corazones.

Una paloma salió de su hueco, entre los ladrillos de la torre del palacio y planeando entre las golondrinas dio una vuel a en torno a la fuente y se dirigió hacia la entrada principal. Raquel la vio pasar sobre su cabeza cuando entraba en la mansión.

Raquel tiene veintitrés años, pelo negro rizado, piel morena, ojos ligeramente rasgados, en los que se ve una lejana mezcla de sangre árabe y cristiana, es delgada y muy atractiva, aunque ella no lo sepa. Durante el año vive en Madrid pero cada verano vuelve a Ría y pasa todo el sitio con su padre, en el palacio del Acebrón, a pocos kilómetros de la aldea del Rocío, muy conocida en todo el mundo por la pertenencia de los reyes devotos de la Virgen, el sitio dentro del parque Doñana, unos pocos kilómetros de la entrada.

«Raquel tiene 29 años, pelo negro rizado, piel morena, ojos ligeramente rasgados y cada verano vuelve a Ría y pasa todo el sitio dentro del parque Doñana, a pocos kilómetros de la aldea del Rocío, muy conocida en todo el mundo por la pertenencia de los reyes devotos de la Virgen, el sitio dentro del parque Doñana, unos pocos kilómetros de la entrada.»

Homígas marcan la senda del camino, una noche calurosa, quizás demasiado calurosa para finales de mayo.

«Raquel tiene 29 años, pelo negro rizado, piel morena, ojos ligeramente rasgados y cada verano vuelve a Ría y pasa todo el sitio dentro del parque Doñana, a pocos kilómetros de la aldea del Rocío, muy conocida en todo el mundo por la pertenencia de los reyes devotos de la Virgen, el sitio dentro del parque Doñana, unos pocos kilómetros de la entrada.»

Hacia más de una hora que la fiesta del palacio había empezado, tras un pequeño retraso por problemas con la electricidad. Manuel acababa de llegar al pueblo. Después de muchos años estudiando pasaba un verano con su padre en el palacio. Se sentía feliz, respirando aire puro y limpio, estaba de nuevo en casa. Mientras hablaba con los invitados de la fiesta, se percató de unos ojos de gata que asomaban por la puerta de servicio, duró apenas un parpadeo, no podía

asegurarle, no sabía quién podía ser esa forastera.

La aldea del Rocío apenas se entreveía entre los árboles y las sombras, a ratos un foco del palacio chocaba con sus andas. Raquel levantó la cabeza, se veían miles de estrellas en el cielo, entre las ramas de los árboles. Bajó su mirada hacia la fiesta, sus amigas del pueblo seguían conversando, parecía un ambiente molesto para sus delicados oídos. Observó un grupo de chicos, los conocía de vista, había uno que no reconocía, le hizo gracia, parecía tan aburrido como ella. Le miró un instante, en ese instante su padre la llamó, se giró hacia la vez y aterrizó en la tierra.

El abrazo de miradas se desdobló en el aire. En medio de la fuente del palacio había mesas y sillas, llenas del frescor del agua y la pasión de la noche. Raquel y sus amigas bebían y se dejaban llevar por el sonido de la música que sonaba. Junto a ella se sentó la patosa del grupo, pasara lo que pasara, estuviera donde estuviera, no había noche que no tirase algún vaso al suelo... Se acordó de la fiesta del año pasado, la patosa hizo de las suyas, sonrió, sonaba la música y el mismo aire que segundos antes había pasado por las erras, atravesó la placita, se dejó llevar por el ritmo de la canción y el viento dulce en la noche del palacio. Cuántas veces había recordado

«Manuel acababa de llegar al pueblo. Después de muchos años estudiando pasaba un verano con su padre en el palacio. Se sentía feliz.»

Estos momentos en su casa de Madrid, perdida en el sillón de su cuarto, pensando en un amor que no encontraba y deseaba. La pregunta llevaba tres horas tocando. A las más mojigatas de la fiesta les daba vergüenza o la risa tonta, siempre había alguna, ya demasiado bebida, que ayudaba a la música con sus gestos. Raquel se sentía bien y movía ligeramente su cuerpo, de reojo observaba a los chicos. Los miraba al, eran unos pesados, sólo miraban su trasero y sus pechos, no eran capaces de mirarla a los ojos de gata y eso lo odiaba. Una de sus amigas se acercaba hacia ella, con tres vasos de bebida, de golpe ropezó, justo a un paso de ella, acentas le dio tiempo suficiente para apartarse de su trayectoria, al chico que estaba detrás ni caso, su espalda acabó entapada, se giró de golpe y su mirada se juntó con la de Raquel, por segunda vez en la noche, iba a decir algo, ella lo notó, algo malo, pero se quedó callado, mirando a los ojos. Ella se sorprendió, hacia mucho tiempo que ningún chico la miraba fijamente. Él se quedó sorprendido, hacía tanto tiempo que no miraba a una chica a los ojos, hasta la música parecía que se había parado, durante unos segundos algo sucedió, sólo ellos lo notaron, pero fue real, el tiempo se paró, se corría en sus miradas. Tras darse cuenta, los dos sonrieron, él se puso colorado; ella, se recogió el pelo y la música de la orquesta siguió sonando, jamás se paró... ¿O sí?

Raquel volvió a la realidad, agarró su vaso y brindó con sus amigas. La música se deluvo, las últimas melodías ya casi en silencio se alejaban entre cantos, volando en la oscuridad, mirando al horizonte, sobre el palacio. Raquel vio una estrella fugaz, sus ojos de gata se abrieron y pidió un deseo, su mente voló y se transformó en un ángel, lleno de paz y amor.